



NO, oye, tuteame, no me hables de usted. Porque los artistas no tenemos ese don de muy señor mío. Al menos yo, que al poco tiempo de conocer a una persona ya la tuteo. Creo que es una condición más moral.

O sea, que Amador Puche te abre las puertas de su vida al mismo tiempo que las de su casa. Y para que no tenga dudas de que es así, va y me dice, aún antes de sentarnos. «Mira, me haces las preguntas que tú quieras. Pero antes léete esto» Y me ofrece un catálogo de hace años que contiene una breve autobiografía suya en la contraportada. Leo con atención mientras él me observa del mismo modo «Nací en Cieza. Soy el décimo - quinto y penúltimo hijo de una modesta familia de comerciantes. Cursé estudios hasta bachillerato superior. No hice carrera. Empecé varias. Maestro en estas disciplinas del Arte no lo he tenido. Pero no soy autodidacta porque he procurado aprender de cuantos pintores he conocido y lo seguiré haciendo. Confieso que mi maestro diario es la Naturaleza. Yo sólo tengo que observar, aunque nunca repite la lección. Tiene un texto infinito. Aquí está su grandezza».

A la mitad de mi lectura, interrumpe. «Oye, hay otra cosa que te quiero decir. Hoy estoy en esto porque ya nadie podría quitarme. Tendrían que machacarme en un momento». Habla y espera a ver si has comprendido. Incluso te lo pregunta. Amador Puche podría pasar muy bien por un intelectual, o un filósofo. Con su barba inundada de canas, una mata de pelo hacia atrás y gafas. No he tenido que ir muy lejos para hablar con él. Sólo recorrer unos metros. Incluso sin salir del edificio de LA VERDAD. «Yo pinto muy temprano. Es costumbre. El silencio me sirve para concentrarme hasta que la casa, y la calle, se ponen en activo. Desde aquí siento el latir de las máquinas del periódico y por el ruido sé la hora que es». Amador es uno (perdón, el primero, el iniciador) de los paisajistas ciezanos. Conoce —el

mismo lo dice— el ciclo completo de la Naturaleza, todos sus matices y sus evoluciones. En suma, él vive el paisaje para que éste luego no muera en el lienzo. ¿Cuántos pintores te vienen que estar agradecidos, Amador? No lo he puesto, parece, en ningún compromiso. Porque responde rápido. «En Cieza, tres o cuatro. Avellameda, Lucas y Francisco Rubio. Para mí constituía un gozo enseñarles. Como lo ha sido también ser profesor de dibujo en el instituto femenino «Saavedra Fajardo», donde he explicado mi filosofía especial». ¿Y cuál es, si puede saberse, esa filosofía? «Considero que la función de las artes plásticas empieza por enseñar a mirar. El que tenga la mirada educada puede ser dibujante. O sea, que es fundamental saber mirar para ser pintor. Y el aprendizaje no se agota. A mí la Naturaleza me

subyuga. Lo han dicho incluso sin conocerme: «Se ve que Amador Puche ama el paisaje». Y es cierto, lo amo, lo siento. Es en el campo donde respiro hondo. Sin la Naturaleza, yo no sería nadie. En este sentido, casi soy panteísta».

Recuerda sus comienzos. Aquella maldita guerra, que le anuló por completo. Sus apuros económicos y su venida a Murcia como profesor de Dibujo, trabajo que dejó para dedicarse al comercio. Un pintor comerciante, por necesidad. Como para comer la moral a cuatruqueas. «A mí no, porque aún entonces vendía cuadros y recibía cartas de gobernadores civiles dirigidas a Amador Puche, pintor. Eso era un orgullo para mí y evité ese hundimiento moral al que te refieres. Sabía que algún día tendría que pintar. Y algún día pintaré. ¿Cómo dices, que algún día? «Sí, algún



Amador Puche: «Algún día pintaré...»

«algún día» pintaré como yo creo que debo pintar. Porque no he alcanzado mi costa, ni mucho menos. La tengo en reserva. Tengo muchos deseos por realizar y si el tiempo y la salud me lo permiten, haré mi obra más personal. Mira, la primera vez que expuse, los cuadros no se parecían en nada a los de hoy. Mi obra era totalmente opuesta a esto. Lo de ahora me permite vivir, con un mínimo de honestidad, de oficio». Luego está claro que no te sientes satisfecho. «No, porque yo puedo dar un giro en cualquier momento. No lo hago porque tengo una responsabilidad muy fuerte y no me lo puedo permitir. Está mi familia y sería una aventura muy arriesgada». Amador no se considera autodidacta nato, pero me confiesa que tiene sus secretos, celosamente guardados. «Sí, varios, catagóricos y expertos». Han preguntado cómo hago esto o aquello. Y se lo digo, pero no todo. Siempre me guardo algo. Porque hay muchos que van a mis exposiciones a armarse, a tocar, a intentar descubrir mis secretos. Gran parte de las materias que empleo las fabrico yo mismo. O sea, que además del cuadro, hago también las pinturas. A eso le llamo yo meter el brazo hasta el codo».

Llega Tomás. «Tú eres un fotógrafo de categoría. Sabes mirar y por eso yo siempre me paro cuando paso por tu estudio», le dice Amador. Es casi la hora de la cena y se empeña en que tomemos algo. Queso y jamón. Cerveza y vino. «Te estoy contando mi vida. Pero con gran sinceridad. Es una de mis cualidades. Yo siempre hablo claro. Soy sincero y prudente, no me gustan las aventuras. De otro modo, ya me habría jugado el porvenir momentáneo familiar». Ha hablado de virtudes y le pido que reconozca también algún defecto. «Pues sí, sí que lo tengo. Miedo al

riesgo. Soy miedoso. Ese es mi gran defecto: miedo a la aventura. Mira, cuando la guerra en la trinchera, con granadas en la mano... Yo creo que aún me dura aquel miedo. Caí enfermo y sólo teníamos un practicante. Gracias a un médico amigo de Cieza lograron evacuar a medianoche. Eso me salvó. Porque al día siguiente íbamos a Teruel, y allí murieron muchos». ¿Qué te gustaría hacer, de no poder pintar? «Pues me gustaría componer y ejecutar música. Sobre todo ejecutar. Tocar el piano, por ejemplo. Ahora sólo muevo los dedos, en pianos ajenos, claro, porque los pobres no podemos permitirnos otra cosa. Y también me gustaría escribir, ¿sabes? Pero no dejaría la pintura por nada del mundo. Yo pintaré mientras viva». Las obras de Amador Puche están colgadas dentro y fuera de España, figuran en museos y pinacotecas oficiales y particulares. «Estoy agradecido a cuantos han comentado mi pintura, algunos de ellos con elegancia literaria. Benevolencia, diría yo. Pero mi pintura no se conoce en Murcia. Porque está colgada en las paredes de particulares. Yo pinto los días que tiene un año bisesto. A veces me levanto de la mesa, cuando estamos comiendo, y de repente me pongo a pintar. Y muchas veces pinto sin pincel, mirando».

Amador Puche es así. Así de sencillo y de sincero. Confiesa, haciendo gala de una gran modestia, que su «cumriollum» no tiene mucho brillo. Y que sus hijos se quejan de ello. «Yo vivo y pinto en Murcia, y lo considero suficiente, hoy por hoy. Me esfuerzo a diario en mejorar la técnica de mi pintura. Pero mi maestra, la Naturaleza, me acompaña con su infinitud».

Antonio López
(Fotos Tomás)